

Atardecer

Eduarda había llegado a la residencia por propia voluntad.

Lo decidió el día que cumplió 76 años y lo celebró ella solita en casa.

No tenía más familia.

Había vendido el piso. Se lo había comprado el banco por un precio mucho más bajo de su valor.

Pero había una condición. Ellos pagarían la Residencia mientras viviera y cada mes le dejarían 150 euros para sus gastos personales.

Casi tres meses le había costado adaptarse al sistema. A los horarios de comida y a las interminables horas de documentales de la naturaleza que emitían en el salón a todas horas.

Tenía, eso sí, vía libre para salir y entrar, avisando a conserjería antes.

Las mañanas aún le parecían llevaderas. Levantarse, desayunar, entablar un poco de conversación con algún o alguna residente y asistir a los talleres -más o menos infantiles- que organizaban las monitoras para intentar ralentizar la demencia galopante de gran parte de los residentes.

El invierno llegaba a su fin y se acercaba ya la primavera.

Los árboles del jardín comenzaban a enseñar sus brotes nuevos y el aroma del limonero se extendía suave y firme sobre el verde heterogéneo de la terraza.

Por las tardes comenzó a salir a pasear. Recorría la calle ancha, llena de escaparates. Se paraba sobre todo en las tiendas para niños y bebés. ¡Qué dulce debía ser la maternidad! Añoraba no haber tenido hijos. Claro que la vida no le había brindado la oportunidad.

Nunca había sido agraciada.

En el instituto los chicos preferían a las muchachas alegres y vivarachas en vez de a las calladitas y serias como era ella.

Comenzó a trabajar muy pronto. Su pequeño sueldo era necesario en casa.

Los domingos, en vez de salir a pasear con las amigas, que casi no tenía, y ni la echaban en falta ni la llamaban para nada, se quedaba en casa haciendo compañía su madre, siempre enfermiza y delicada.

Comenzó entonces a bordar.

Su madre le enseñó los primeros puntos de cruz y los bordados más sencillos.

Descubrió que tenía un don natural para ello. Combinaba dibujos y colores con una gracia y originalidad inusuales.

Alguna vecina le pidió algún trabajo para una hija que se casaba, para un cumpleaños...

Tomaron fama sus bordados. Una casa cercana de labores y costuras la contrató y le encargaba multitud de prendas, que comercializó con el nombre de "Perla negra" y que le permitieron disfrutar de una vida sencilla y sin agobios.

Tardes de bordados, domingos de cine, y algunas mañanas algún taller de cocina.

El primer trimestre de residencia se le había hecho largo. Claro que el invierno con sus nublados continuos, sus cortos días y sus largas noches no habían ayudado mucho. Sin embargo, ahora, se levantaba temprano, se iba al jardín y admiraba los adelantos de las plantas, su pujanza por florecer, las tonalidades del verde esmeralda y el crecimiento del pequeño huerto que alguien había plantado y cercado en una esquina .

Y la salida de las tardes era ya una golosina.

Un día, descubrió en sus paseos una pequeñísima biblioteca , o aula para estudiantes que curiosamente estaba abierta todo el día.

Se acostumbró a ir después de comer. Llegó a conocer los anaqueles, dispuestos, no por orden alfabético, sino por géneros o intereses particulares del cuidador de la misma.

Así los había con ensayos y biografías unos, otros en los que predominaban novelas históricas, otros de tipo romántico, otros clásicos españoles.

Cada día se sentaba en una mesa cercana a una ventana y empezaba un libro. Ya al atardecer, lo dejaba en la estantería y continuaba al día siguiente.

Un día, al ir a buscar el libro no lo encontró.

Había decidido esa semana empezar con los clásicos. No conocía ninguno, solo el Quijote y de oídas o películas, así que se había decidido por el Cantar de Mío Cid, que había visto , hacía años, en una película de Sofía Loren y Charlton Heston.

Cuando lo cogió , el bibliotecario o el becario, porque era muy joven, le había sugerido que se llevara un Cd y lo escuchara. Era de un tal Emiliano Valdeolivas, que había hecho una versión cantada del gran poema.

Lo había oído ya varias veces, porque se lo dejaron por quince días.

Le había emocionado el sentimiento y la voz profunda de aquel hombre, Emiliano.

“Oh qué buen vasallo si oviesse gran señor”

Una semana después, al buscar el libro en su estantería, no lo encontró.

Paseó la vista.

Como siempre, la sala estaba prácticamente vacía. En unos sillones, cerca de la entrada, vio a un hombre, calvo, con gafas de concha negras y unos ojos azules grises intensos que la miraban.

Sin proponérselo, se dirigió hacia él.

En su regazo tenía el libro que ella buscaba, El Cantar de Mío Cid.

-Perdone ¿está leyendo ese libro?

-Bueno lo ojeaba un ratito. La he visto leyéndolo varias tarde y sentí curiosidad.

Charlaron un poco. En voz queda , como aconsejaban varios letreros colgados por las paredes.

Él la invitó después a un café y salieron a la tarde primaveral y luminosa de abril.

Se sentaron en una terraza y el tiempo se escurrió como arena entre los dedos.

- Ay, he de irme. La cena es a las nueve.

- ¿Vendrá mañana?

Desde entonces quedan cada tarde para pasear.

Unas veces paga él y otras invita ella.

Ayer él se atrevió a tomarle la mano, y ella se dejó , tímida y ruborosa como una adolescente.

Un aleteo de mariposas le recorrió el cuerpo ajado y sediento de amor que la vida hasta ahora le había negado. Y reclinó feliz la cabeza en su hombro mientras él le cantaba bajito:

“Dios que buen caballero si oviesse gran señor”.

Rafi Bonet Cordoba